

El paraíso de Elva

Felicidad Ramos



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#Elparaisodeelva

Colección: Tombooktu Romance
www.romance.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: *El paraíso de Elva*

Autor: © Felicidad Ramos

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño de cubierta: Santiago Bringas

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2015 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-81-9

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-15747-82-6

ISBN Digital: 978-84-15747-83-3

Fecha de publicación: Noviembre 2015

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Depósito legal: M-30547-2015

Existe una luz muy importante, que es la que tienen los libros.
Con ella, se ilumina el camino de la enseñanza, el conocimiento
y el placer de la lectura de infinitas historias.
¡No la apagues!

Juan Ramos Caballero

Índice



Prólogo	11
Capítulo I	13
Capítulo II	27
Capítulo III	45
Capítulo IV	55
Capítulo V	65
Capítulo VI	81
Capítulo VII	95
Capítulo VIII	107
Capítulo IX	115
Capítulo X	127
Capítulo XI	135
Capítulo XII	143
Capítulo XIII	157
Capítulo XIV	173
Capítulo XV	187
Capítulo XVI	195
Capítulo XVII	205
Capítulo XVIII	213

Capítulo XIX	227
Capítulo XX	233
Capítulo XXI	243
Capítulo XXII	251
Capítulo XXIII	259
Capítulo XXIV	269
Capítulo XXV	279
Capítulo XXVI	291
Capítulo XXVII	301
Capítulo XXVIII	309
Capítulo XXIX	319
Capítulo XXX	331
Capítulo XXXI	341
Capítulo XXXII	353
Capítulo XXXIII	365
Capítulo XXXIV	371
Capítulo XXXV	375
Capítulo XXXVI	385
Capítulo XXXVII	393
Epílogo	401
Nota de la autora	409
Agradecimientos	411

Prólogo



El mundo es un lugar hostil. Cada día supone una lucha contrarreloj para superar un nuevo reto, para llegar a tiempo dónde nos esperan, para aprobar ese nuevo examen, para lograr el ideal que se nos escapa de las manos. Hasta que nos detenemos, y abrimos un libro. Nuestra cotidiana realidad se desdibuja y la fantasía se filtra a través de las letras, devorándonos con el único objetivo de hacernos soñar.

Conocí a Feli Ramos Cerezo de forma casual, como surgen las mejores cosas de la vida. Compartimos nuestro mutuo amor por la romántica y somos compañeras de fatigas y desvelos literarios. Cuando tuve entre mis manos su primer manuscrito, sentí la misma emoción que un niño al ver los regalos de Navidad bajo el árbol y, a la vez, el vértigo que produce el situarte al borde de un acantilado, azotada por un fuerte viento. Esperanza y temor. Y, cuando comencé a leer, pude vivir a través de la protagonista. Me enfurecí, reí, lloré, me sorprendí y recuperé parte de la ilusión que el tiempo nos roba cada día sin que apenas lo percibamos.

Con *El Paraíso de Elva* me convertí en una viajera de los sueños. Narrado con aparente sencillez, no nos permite un segundo de descanso hasta que llegamos a la temida palabra final. Esta novela se convirtió en un bucle de sentimientos confrontados, de

sonrisas esquivas, de ironía palpable, de sarcasmo escondido, de sorpresas infinitas, de venganzas deseadas, de optimismo desbordante, de un amor inquebrantable.

Al terminar su lectura, suspiré y no supe cómo definirlo. Entonces, recordé una tarde de juegos con mi hija. Ella quería hacer una pulsera y abrió su joyero lleno de cuentas de plástico y madera en brillantes colores. Cuando la tuvimos diseñada, nos dimos cuenta de que faltaba lo primordial, algo que le confiriera aquello que la hacía diferente a cualquier otra pulsera. Fue cuando lo vimos, una pequeña pieza de cristal tallado, destellando desde el fondo del joyero, casi oculta a nuestros ojos y, sin embargo, esperando ser descubierta. Su singularidad convirtió una pulsera de abalorios en algo de exquisita belleza. «El Paraíso de Elva» es aquella pieza.

En el metro de Barcelona, Feli Ramos Cerezo me pidió que le hiciera el prólogo de esta novela. En un viaje de más de ocho horas en autobús, escuchando la misma música que la protagonista, gesté este prólogo, dándole nacimiento con la palabra. Ella me convirtió en una viajera de los sueños y me dio la oportunidad de comprobar que el mundo no es tan hostil como se empeñan en hacernos creer...

Caroline March
Escritora

I



Barcelona, agosto 2014

—No insistas, Marisa, hoy no pienso salir —sentencio categórica mientras busco las llaves de casa en el bolso.

—Para un día que libro en la tienda y me dejas tirada. Eres un muermo, Elva, ¿lo sabes?

Y dale con la cantinela. Eso era algo que yo ya sabía, pero ese día Marisa estaba especialmente insistente.

—Sí, lo sé, gracias por recordármelo, así que déjalo ya.

—Hija, qué rancia te has levantado hoy...

—Si mañana fuera el día en el que tu exnovio se casara con la zorra con la que le pillaste follando en tu propia cama, seguramente tú también te levantarías rancia —escupo dolida.

—Lo sé, lo sé... —me respondió Marisa—. Perdona, tienes razón en eso, pero ya hace un año de aquello, nena. Tienes que seguir con tu vida y pasar página. ¡Manda ya a tomar por culo a Carlos, su boda y todo lo que representa!

—Y lo haré. Pero no hoy, Marisa. —¿Por qué me duele tanto todavía?—. Escuece, ¿sabes? Saber que lo que nunca estuvo dispuesto a hacer conmigo, lo va a hacer mañana con ella... No puedo evitarlo.

—¿Y qué piensas hacer entonces? ¿Quedarte en casa amargada viendo Titanic y fustigándote mientras escuchas a Alejandro Sanz? Eso no va a cambiar las cosas.

—Lo sé, pero necesito estar sola. ¿Lo entiendes? Estoy cansada y quiero acostarme pronto —le informo mientras sigo buscando las llaves, ¿dónde demonios están?—. Además, sabes que odio a Alejandro Sanz.

—Está bien, tú misma. Me hacía mucha ilusión pasar esta noche contigo en la playa, pidiendo deseos locos y conociendo tíos buenorros. No me hace ni puñetera gracia dejarte así, pero si es lo que necesitas, allá tú.

Suspiro aliviada cuando encuentro las llaves y compruebo que lo he hecho sin necesidad de dejar todas las bolsas que acarreo. Sólo me acuerdo de los inconvenientes de usar bolsos del tamaño de una saca de correos cuando tengo que buscar algo en ellos.

—En serio, Marisa, hoy no soy buena compañía.

—Pero prométeme una cosa; si en cualquier momento, entre llanto y sorbetes de mocos, tienes un momento de lucidez y te apetece salir, llámame. Llevaré el móvil encima y, en dos minutos, a la mierda la playa y nos presentamos todas aquí. Prométemelo.

—Marisa, de verdad. Yo no... —pero me corta a mitad de la frase.

—Que me lo prometas. ¡Vamos! No colgaré hasta que lo hagas.

—Vale, de acuerdo, pesada, te llamaré —bufo mientras sonrío.

—¿Seguro?

—Que sí, ¡mira que eres tocapelotas cuando quieres! ¿eh?
—Con ella es imposible enfadarse después de todo.

—No te voy a decir que no, pero eres mi amiga y me preocupo por ti. No me gusta verte así.

—Anda, vete o no te dará tiempo a arreglarte.

—¡Uy, es verdad, qué tarde es ya! Mañana en cuanto se me pase la resaca subo a verte.

—¡Venga, cuelga ya! Que lo paséis bien. Dale un beso a las chicas de mi parte.

Me despido mientras aguanto el teléfono con la barbilla y el hombro, intento abrir la puerta con una mano y agarrar las bolsas de la compra con la otra. Entro en casa y apoyo la espalda en la puerta para cerrarla. Aquí estoy por fin, en mi dulce morada, sola. Miro al frente y recorro con la mirada toda la estancia.

Sesenta metros cuadrados prácticamente diáfanos, repartidos entre el salón con cocina americana, habitación doble con baño integrado, separado del resto por una gran librería y una habitación individual que sirve de vestidor. Pero si estoy enamorada del apartamento, es por la pequeña terraza que tiene mirando hacia la costa y las preciosas vistas que puedo divisar por la noche. Sonríe y suspiro resignada, porque aunque me siento muy a gusto aquí, todo me recuerda a él.

Gracias a que tengo un trabajo mal pagado como encargada de una tienda de antigüedades del centro y que me dedico a hacer trabajos de diseño como *freelance* en casa, puedo permitirme seguir viviendo aquí. Cuando pasó «aquello», era lo que menos deseaba. Hubiera dado lo que fuera por irme lejos. Lima, Pekín o Marte hubieran sido buenas opciones, pero ni tenía el dinero suficiente para hacerlo, ni donde caerme muerta en esta ciudad. Y aunque mi familia me hubiera recibido con los brazos abiertos, no quería pasar por el trance de tener que tragarme mi fracaso ante ellos.

Carlos, a partir de ahora, *el innumerable*, se marchó ese mismo día. Recogió sus cosas personales de mala manera y el resto lo vino a recoger una empresa de mudanzas una semana después. Ella, por supuesto, desapareció del vecindario casi al mismo tiempo.

Como siempre en estos casos, fui la última en enterarme de que mi novio se tiraba a la vecina del tercero, porque lo sabía hasta Álvaro, el encargado del mantenimiento de la comunidad. Pero claro, de eso me enteré mucho después, cuando yo iba como alma en pena llorando por las esquinas y detectaba miradas de compasión y comentarios por lo «bajini» por parte de los vecinos.

Pasó más de un mes hasta que pude cogerle el teléfono, y dos largos meses hasta que soporté tenerlo cerca y mirarle a los ojos sin echarme a llorar, o directamente pegarle un puñetazo en la boca y dejarle sin dientes por haberme destrozado la vida y el corazón. Llegamos con rapidez a un acuerdo respecto al apartamento. Una vez descubierta la traición, *el innumerable* tenía mucha prisa por arreglarlo todo, por lo que no puso objeción alguna en que yo me quedara en él y sufragara todos los gastos.

Fue en el notario cuando le vi por última vez, y de eso hacía ya casi nueve meses.

Al poco tiempo, me enteré de que se había ido a vivir con la *zorrasca* del tercero, que habían alquilado un piso de ciento ochenta metros en la zona más pija de la ciudad y que se les veía muy bien.

En ese momento tenía la esperanza de que simplemente fuera una aventura pasajera, que al final el calentón y el morbo pasarían. Que él me echaría de menos y volvería a casa arrepentido pidiéndome perdón. Pero no. Yo, que creía conocerle, en el fondo de mi ser sentía que no era un simple encoñamiento. ¿Y si realmente se había enamorado de ella? ¿Y si realmente el amor de su vida no era yo? Era difícil de aceptar que, tras cinco años, hubiera significado tan poco en su vida, pero no tuve más remedio que intentar asumirlo.

No quise alertar a mis padres por mi, entonces, precaria situación económica. Fue gracias a la persuasión de Marisa, que conocía al dueño del Hysteria, la disco por donde se movía habitualmente con sus amigas, que acabé haciendo pequeños trabajos de diseño para el club: carteles, *flyers*, etc... Tuve suerte y en pocos meses me encontré trabajando para varios negocios de la noche, e incluso haciendo portadas de novelas para escritores.

Marisa... qué habría sido de mí sin ella. Hasta que pasó «aquello» apenas habíamos tenido relación. Nuestro trato había sido estrictamente el de dos vecinas que se cruzan de vez en cuando en el portal o en el ascensor. Hola, adiós y las dichosas predicciones del tiempo. Por entonces, yo vivía en mi perfecta nube de amor y felicidad y poco me interesaba lo que ocurría alrededor de ella. Ni siquiera sabía que era dependiente en una importante cadena de moda, y mucho menos que fuera una tía tan legal. Fue la primera cara amable que vi cuando salí de mi aturdimiento, tras realizar aquel doloroso descubrimiento.

He de decir que aquel fatídico día en el que descubrí al *innombrable* follándose a la vecina en mi propia cama yo había ido a trabajar a la tienda como era habitual. A media mañana recibí una llamada de Álvaro, el de mantenimiento, en la cual me

recordaba que el inspector de gas efectuaría la inspección ese mismo día. Juré no tener constancia de ello, pero él insistió en que alguien de la compañía había llamado, por no sé qué problema del conducto general que afectaba a mi piso. Resignada, intenté localizar a mi novio, pero no dio señales de vida, por lo que me vi obligada a solicitar con urgencia un par de horas de asuntos personales, con el consiguiente enfado de mi superior. Llegué a casa, y a partir de ahí todo fue como una película de terror. Al entrar en la habitación les pillé —nunca mejor dicho— con las manos en la masa. Me quedé allí plantada, estupefacta. Mi mente no podía asimilar lo que mis ojos estaban viendo, y pasaron varios minutos hasta que aquel par de desgraciados, totalmente entregados como estaban a la faena, se dieron cuenta de mi presencia.

Nunca olvidaré la expresión del capullo de mi novio cuando me vio. Primero de sorpresa, para luego dar paso al alivio puro y duro. Y eso fue lo que me dolió más, porque al descubrirle, el muy cobarde sintió que por fin se libraba de la carga del engaño.

Me habló de forma pausada, como si se dirigiera a una niña de seis años, diciendo que me tranquilizara y no montara un escándalo. ¿Que no montara un escándalo? Por un momento me decepcionó. Esperaba el típico «esto no es lo que parece», pero obviamente, sí que lo era. Y sin asimilar del todo lo que acababa de ver, la mente, que es muy sabia, hizo que me rebelara. Empecé a reírme como una posesa, hasta el punto de no poder contener las lágrimas del esfuerzo. Verle allí plantado, en pelotas y con su erección menguando por momentos tras la inoportuna interrupción, era muy cómico. ¡Aquello sí que había sido un *coitus interruptus* en toda regla! Mi risa se fue convirtiendo en histeria y no me percaté de que lloraba a mares hasta que empecé a beberme las lágrimas. Entonces sí grité, grité mucho. Y fui capaz de sacar de mi casa a aquel cabrón de metro ochenta en pelotas y dejarlo tirado en el rellano, a la vista de todos los vecinos curiosos que se habían congregado para ver el espectáculo. A ella no tuve que decirle nada, simplemente la miré y salió corriendo como a quien persigue el diablo; no le dio tiempo ni a recoger su ropa.

Aún me pregunto cómo lo hice, porque realmente de aquel momento tengo recuerdos muy vagos, fruto del estado de ofuscación y nervios en el que me encontraba.

Según me dijo más tarde Marisa, mis gritos se habían oído hasta en Montjuic. Fue a ella a quién abrí la puerta una vez salí de mi letargo. Fue ella la que se encargó de disolver la concentración de vecinos. La que, pasados unos días, se acercó a verme y la que estuvo pendiente de mí, dándome espacio, aguantando mis lágrimas y lamentos, sin decir una sola palabra.

Eso nos unió, y a partir de ahí fuimos inseparables. Me presenté a sus amigas, con las que enseguida tuve buen *feeling* y desde entonces, de vez en cuando, salimos juntas o quedamos en casa para ver una peli, y solemos acabar poniéndome al día de sus conquistas.

De ahí ha nacido una amistad de esas que pocas cosas pueden romper. Lo mismo pasó con Nerea, mi vecina del quinto, que trabaja como enfermera y fue la que me asistió aquel fatídico día. Calmó mi ansiedad con su voz dulce y una cantidad ingente de tranquilizantes, suficientes como para dormir a un elefante, imaginaos mi estado. Con ella salgo a veces a tomar café o al cine, pero sus turnos de trabajo hacen difícil que coincidamos todo lo que quisiéramos. Al menos de todo aquello salió algo positivo. Es lo único que le puedo conceder al *innombrable*.

Por cierto, el inspector del gas jamás hizo acto de presencia. Ella no lo sabe y nunca se lo preguntaré, pero sospecho que fue Marisa la que se aseguró de que yo llegara a casa antes de tiempo aquella mañana. Y aunque al principio me dolió pensarlo, sé que lo hizo por mí, porque no quería seguir viendo cómo era la última en enterarme de que me engañaban. Sólo por eso, la perdono y la quiero.

Y así han ido pasando los meses, trabajando, saliendo con Nerea, Marisa y las chicas, e intentando sobreponerme al palo más grande que me he llevado en la vida. No he sido capaz de tener otra relación, aunque he tenido varios pretendientes e incluso algún rollito sin importancia del que luego me he arrepentido. La herida que me ha dejado Carlos en el corazón todavía está muy tierna, y la de la confianza no creo que cicatrice

nunca. Pero bueno, lo he ido sobrellevando con mis días buenos y mis días menos buenos, pero avanzando. Hasta hace justo dos semanas, cuando me encontré a una amiga común, bueno, del susodicho, en un centro comercial y no perdió la oportunidad de dejar caer la noticia bomba.

—No sabes qué mal me siento por ti, Elva. Debe ser duro haberte enterado de la boda de Carlos en tan poco tiempo...

¿Cómo? ¿Carlos? ¿Se casa? ¿Qué? ¿Con quién? Creo que estuve clínicamente muerta durante un instante, porque mi corazón dejó de latir de sopetón y la oscuridad se apoderó de mí. Lo siguiente que recuerdo es estar sentada en un banco rodeada de gente, con una señora bastante rechoncha dándome palmaditas en la cara, mientras me daba de beber agua de un botellín. Comprobé en mis propias carnes que sí, te puedes desmayar de la impresión.

Obviamente, mi «amiga» se disculpó de forma reiterada, pero sé que la muy zorra en el fondo disfrutó. Fue un palo saber que aquel hombre con el que había compartido los que yo creía los mejores años de mi vida, el hombre que posponía el momento de formar una familia porque nunca era el momento adecuado, el hombre que me decía que no creía en el matrimonio porque lo consideraba un atraso, y que nosotros ya estábamos unidos sin necesidad de un papel, se casaba con la zorrasca del tercero.

Tras esa penosa escena, volví a caer en el pozo de la desesperación. Durante estas dos semanas he vuelto a revivir los malos momentos de hace un año, y el dolor y el rencor se han vuelto a apoderar de mí. Por eso hoy no voy a salir con Marisa y las chicas. Tengo la necesidad de revolcarme en mi propia mierda, y sí, veré *Titanic*, me emborracharé a base de Malibus y, por supuesto, escucharé a Alejandro Sanz hasta que el setenta por ciento del agua que forma mi cuerpo me abandone mientras lloro y le maldigo. Por destrozar mi corazón, por traicionarme, por mentirme y engañarme. Pero, sobre todo, por no quererme.

Así que decidí planear el fin de semana. Nerea había propuesto salir fuera, irnos a un hotel de la costa y pegarnos dos días de desconexión del mundo. Pero le asignaron una guardia de veinticuatro horas por sorpresa y se nos fue al traste el invento. Ya sé que ocultarme en casa, cual avestruz metiendo la cabeza

en un agujero, no va a cambiar el hecho de que mi exnovio se case mañana con esa rubia con cara de mosquita muerta. Prefiero evitar las miradas de lástima y compasión de mis amigas, o evitar beberme hasta el agua de los floreros y acabar en una cama que no conozco, con alguien al que seguramente detestaría por la mañana.

Me dirijo a la cocina y por el camino enciendo la televisión con el mando a distancia. He descubierto que es una buena solución para no sentirme sola los ratos que estoy en casa. Sentir el jaleo de fondo llena el silencio que me acompaña en mi día a día. Hay quien tiene un gato; yo pongo la tele.

Dejo las bolsas que acabo de llenar en el súper sobre la encimera y admiro las delicias que he comprado para superar la jornada de bajón: doritos, salsa de queso, chocolate blanco, helado de vainilla con nueces de macadamia, una *pizza* barbacoa, una bandeja de cruasanes rellenos de crema y una botella de Malibu que me pienso meter entre pecho y espalda, si no he muerto antes porque mi hígado ha explotado ante tal cóctel Molotov. Ideal, sonrío satisfecha.

Decido darme una ducha antes de ponerme en situación. He calculado al milímetro las siguientes horas. Tengo preparadas varias películas y una lista de canciones en un pen-drive, que cualquier otro día me harían morir por sobredosis de azúcar. Hoy voy a obligarme a verlas por aquello de autocompadecerme y tal, y fustigarme hasta que se me olviden los seis últimos años de mi vida. A veces pienso en si los americanos habrán inventado ya un aparatito de borrado de memoria selectiva, como los que utilizaron Kate Winslet y Jim Carrey en *Olvidate de mí*, con el que poder mandar a paseo ciertos momentos de tu vida. Estoy convencida de que sí, pero como son tan suyos seguro que no lo quieren compartir con el resto del mundo mundial. ¡Egoístas!

Tardo más de media hora en salir de la ducha. Hace calor y el agua templadita me ha venido de perlas para quitarme las tensiones de los últimos días. Me pongo mi pijama favorito de pantalón corto y camiseta con estampado de mariquitas y me hago una coleta, que enrolló con la goma hasta hacer un moño. Me miro al espejo y lo que veo reflejado no me gusta. Aunque

me siento fresca y limpia, llevo una enorme carga sobre mis espaldas y un nudo me oprime el pecho hasta doler. Ya no veo el reflejo de aquella chica pizpireta y feliz que vivía con comodidad y sin preocupaciones. Ahora la imagen del espejo es un fantasma de lo que fui, una chica de ojos tristes y sonrisa rota. Muy delgada y con tanto brillo en el alma como en lo que antes fue una bonita melena castaña, es decir, ninguno. Una lágrima furtiva se desliza por mi mejilla, reacciono con rapidez y la hago desaparecer. No puedo, no quiero llorar. Al menos, aún no. Me pregunto en qué momento dejé de quererme. Nerea siempre me lo dice: «Para que los demás te quieran, tienes que empezar por quererte a ti misma, cielo». Y tiene toda la razón, pero ¿cuesta tanto reponerse de algo así! Carlos se fue y con él se marchó mi autoestima.

Al salir del baño me detengo frente a ese enorme trasto inútil llamado cama. Desde aquel miserable día no he podido volver a dormir en ella. He sido incapaz de tumbarme siquiera, sin que acudan aquellas dolorosas imágenes a mi mente. Sí, desde hace casi un año tengo montada mi trinchera nocturna en el grandioso y cómodo sofá de tres plazas color musgo, que gracias a Dios, me empuñé en comprar cuando nos mudamos, en contra de la opinión de Carlos. Cada vez estoy más segura de que ese sofá y yo estábamos predestinados a estar juntos.

Me dirijo a la cocina a prepararme un picoteo, mientras algo en la tele me llama la atención. Durante las últimas semanas la gente ha estado como loca por la llegada de una espectacular lluvia de estrellas. Al parecer cada ciento cincuenta años la actividad de estos astros se acentúa de manera considerable, llegando a triplicar los registros de Perseidas que aparecen habitualmente cada mes de agosto. A este singular acontecimiento lo han bautizado como «La noche de los deseos». La fiebre consumista que nos controla la ha utilizado para lanzar todo tipo de *merchandising* sobre el tema, y se han organizado fiestas y excursiones para disfrutar de tan mágica noche en playas y montañas. De hecho, la fiesta a la que se dirigen Marisa y mis amigas es una de ellas, dispuesta en la playa de la Barceloneta en plan *chill out*. Las muy locas creen que el deseo que van a pedir hoy les cambiará la vida. ¡Ojalá fuese verdad!

Cojo una cerveza de la nevera y me apoyo en la barra, mientras los doritos y la crema de queso se calientan en el microondas. Pienso que el único acontecimiento que a mí me emociona, y no gratamente, es la boda de mi ex mañana. No sé, igual me animo y pido un deseo cuando comience la dichosa lluvia de estrellas. Que el *innombrable* se encuentre a la novia fornicando con el padrino en los lavabos del restaurante durante el banquete o, que una legión de ladillas carnívoras invada su entrepuerta y la industria farmacéutica no tenga fondos para investigar un tratamiento efectivo contra semejante plaga. No estaría mal, pero no va en mí ser tan mala persona. La mala persona fue él. Ese desgraciado fue quien jugó conmigo sin importarle lo más mínimo el sufrimiento que me causaría.

Me quemo los dedos al sacar el plato de doritos del microondas, creo que me he pasado con el tiempo. Tiro el plato como si fuera un *frisbee* sobre la mesa del comedor, y tras coger de nuevo mi cervecita fresquita, me acomodo en mi fabuloso sofá.

Escucho que un mensaje llega al móvil. Me da coraje tener que levantarme, ahora que ya estaba cómoda sobre el hueco que tengo hecho bajo mis posaderas, ya que el bolso está en la cocina. Decido no moverme, pero el dichoso tono del pajarito suena de nuevo, e imagino que posiblemente sea Marisa. Si no contesto, me arrepentiré de no tener una recortada para poder cargarme al dichoso pajarraco ante tanta insistencia. Me levanto y busco el teléfono. Efectivamente son wasaps de Marisa.

Marisa:

¿Cómo vas, Doña Depre?

Elva:

Idiota, ahora voy a picar algo.

Marisa:

Nosotras de tapas y luego a la playa, menudo ambientazo.

Elva:

Ya lo he visto por la tele, ni que se fuera a acabar el mundo.

Marisa:

En serio, ¿no quieres venir?

Elva:

En serio, pijama, cena y a la cama.

Marisa:

Por cierto, anoche con las prisas me dejé un libro de Nerea sobre la barra de tu cocina. ¿No lo has visto? Me lo subió Álvaro a mediodía.

Elva:

Álvaro, ¿el de mantenimiento?

Marisa:

No preguntes.

Elva:

¿Estáis liados? ¿Desde cuándo?

Marisa:

No comment.

Elva:

¡Serás zorra! ¡ja ja ja!

Marisa:

Lo dicho, léelo y luego me dices de qué va por si me pregunta Nerea cuando se lo devuelva, que ya sabes que a mí, si no va de látigos y esposas, como que no.

Elva:

¡Qué morro tienes! ¡No pienso leer nada!

Marisa:

Pediré un deseo por ti si lo haces.

Elva:

Pasadlo bien.

Marisa:

Si te aburres, llámame.

Elva:

La la la la la

Lanzo el móvil hacia la otra punta del sofá mientras me rio sola. Marisa tiene una capacidad de espantar mis malos rollos

abrumadora. Con un poco de suerte ya no me molestará nadie más esta noche. Me meto en la boca un Dorito con salsa, que más bien es medio kilo de salsa con un Dorito dentro. Enchufo el pen en el portátil mientras le quito la voz a la televisión y elijo una película para ver. Me asombro de mí misma. He escogido una variedad de películas bastante tétricas para pasar la noche: *Love actually*, *Los puentes de Madison*, *El diario de Bridget Jones* y, cómo no, *Titanic*. Me decido por la primera, la he visto mil veces y Hugh Grant me encanta. Presagio que esta película hoy no me va a gustar tanto, pero estoy decidida. Si supero esta noche sin llorar, me haré inmortal.

Me acomodo con un cojín bajo la cabeza y me dispongo a comenzar la sesión cinéfila, cuando recuerdo lo que me ha dicho Marisa sobre el libro. Allí está sobre la mesa, tal y como me ha indicado. Anoche, como cada jueves, Marisa y yo nos reunimos para nuestra noche de series y nos pegamos una buena sesión de Arrow, que teníamos bastantes capítulos pendientes, mientras cenábamos. Después de la sobredosis de Oliver Queen que nos metimos, como para acordarse del libro a la una de la mañana. Es que con Marisa pasa eso, que te lías hablando o comentando lo bueno que está el arquero y se te olvida que tienes que madrugar. Me pica la curiosidad y me levanto a cogerlo mientras comienza la peli. La portada ya de por sí tira un poco para atrás. Se ve a un hombre de oscura melena sosteniendo una espada con la espalda desnuda y un kilt como única vestimenta. Mira hacia la lejanía en donde se alza un castillo imponente. Vaya, el título no deja dudas sobre de qué trata: *La insignia del highlander*, de la afamada autora Helena Carsham. No es que no me guste la novela de género romántico, de hecho, desde que estoy sola, Nerea se ha encargado de prestarme algún libro, y la verdad es que con algunos me he divertido mucho. Pero no estoy preparada todavía para los finales felices, cuando mi vida amorosa es una constante mierda desde hace un año. No hay nada en este libro que me llame la atención, por muy best-seller que se indique en la portada que es. Lo más seguro es que trate sobre el típico escocés machista que va en auxilio de la pobre muchachita terca y sin cerebro. Sinceramente, hoy no me apetece leer algo así.

Durante la siguiente media hora voy pasando por varias fases. Río mientras como, lloro mientras bebo, rememoro los mejores y peores momentos de mi relación con ese demonio encarnado en mi ex y acabo maldiciendo el día en que le conocí. Me doy cuenta de que mi espíritu masoquista llega a nivel semidiosa cuando advierto de que he rebobinado como veinte veces la escena de los carteles de Keira Knightley. Ahora tengo hipo, me ahogo entre lágrimas y debo tener la cara más hinchada y deformada que los orcos de Mordor. Me niego a estar así mientras él está celebrando su última noche de soltería más feliz que una perdiz. Siento pena de mí misma, doy asco. ¡Me da rabia ser tan débil!

Apago el portátil y decido poner algo de música, porque si sigo así acabaré yendo al hospital para que me descongestionen la nariz. Si no muero de pena esta noche, lo haré por asfixia por la gran cantidad de mocos que me están poseyendo. Reconozco que quizá no ha sido tan buena idea ver esa película. Hugh Grant, de repente, ya no me resulta tan encantador.

Sin saber qué CD está puesto en el reproductor, lo activo y suena el último de One Republic. Tras pensármelo un segundo, recuerdo que a Carlos no le hacían ninguna gracia, así que me alegro de la elección y comienzo a bailar lentamente disfrutando de los acordes de *I lived*. Es una canción de esas que te contagia el buen rollo, de esas que necesito para olvidar que mañana él habrá dicho el sí quiero y tendré que aceptar que le perdí para siempre.

II



Acompañada de los acordes de la siguiente canción, decido prepararme un Malibu y encender el horno para cocinar la pizza. No es que tenga mucha hambre, pero si sigo bebiendo sólo con los doritos en el estómago, voy a caer redonda. Recojo de la mesa los restos del picoteo, y coloco los cojines del sofá para sentarme cómodamente a escuchar música mientras veo las imágenes de la silenciosa tele que aún está encendida. Por lo que veo hay lo mismo de siempre: contertulios haciendo aspavientos y destrozando la vida de algún infeliz que ha ido a contar sus miserias por un pastizal. Penoso. Cambio de canal pero no hay nada potable en ninguno de ellos y al tirar el mando sobre el sofá veo el libro de nuevo. Lo cojo y lo reviso otra vez con curiosidad. Leo en la sinopsis que trata sobre Connor Murray, un Laird y fabuloso guerrero temido por sus oponentes, que ha caído en desgracia por un mal de amores y ha de tomar en matrimonio a una mujer del clan enemigo para no perder sus tierras, o bien llegar a un acuerdo con los ingleses para no llevar a su pueblo a una guerra que no soportarían. ¿Encontrará entre tanta maldad el amor? Típica.

Sin darme cuenta, me encuentro inmersa en sus páginas conociendo la vida de ese escocés. Un hombre al que, para mi sorpresa, no le hace justicia en absoluto la sinopsis.

Tuvo muy poco tiempo de ser niño, ya que desde joven cargó con una enorme responsabilidad. Vio como la enfermedad se cebó con su familia, quedándose completamente solo. Se resignó a perder a su primer amor cuando esta fue casada a la fuerza con otro caballero. A partir de ese momento, pierde el norte, centrándose en los asuntos de guerra sin importarle nada más. Por culpa de malos consejos y peores decisiones, está llevando a su pueblo a la ruina más absoluta. Un hombre que ha confiado en personas inadecuadas, en algunos que se hacían llamar amigos y no lo eran y que está a punto de perderlo todo por su ignorancia y buena fe. Angus, su mentor y consejero, le propone un pacto con un clan afín a los ingleses. Un acuerdo que les libraría de la penuria y de ser vasallos de los Lennox, el clan vecino que quiere adueñarse de sus tierras. Este arreglo les proporcionaría el favor de la corona inglesa.

He avanzado hasta leer casi medio libro sin poder evitarlo. La vida de Connor es fascinante, y reconozco que no podía estar más equivocada respecto a él. Un hombre íntegro y honesto, pero que tiene defectos y se equivoca como cualquier mortal, un hombre al que el dolor le ha hecho perder su esencia.

Eso me gusta, el que sea imperfecto. Siento empatía por él. Quizá nos parecemos más de lo que creo. Pierdo por completo la noción del tiempo. Estoy tan metida en la historia que apenas me doy cuenta de lo tensa que estoy.

—¡No te fíes de Angus, creo que te la va a jugar! No puedes pactar con los ingleses. ¡Os traicionarán! No te conviene confiar en ese tipo por mucho que sea tu mentor, algo busca que no sabemos —no puedo evitar decir en voz alta—. ¿Le estoy hablando a un libro? Estoy peor de lo que pensaba. —Me río, pero continuo leyendo la novela que, sin saber si es provocado por lo que he bebido, el dolor, o simplemente porque Connor me ha cautivado, me tiene atrapada entre sus páginas.

Fantaseo con su imagen en mi cabeza, alto, moreno, de ojos verdes profundos como océanos, sonrisa pícaro, fuerte y protector. Claro, no voy a imaginar a un hombre de metro y medio, calvo y con joroba. Con todo el respeto, no pega. Sonrío ante

la tontería que acabo de pensar y es entonces cuando huelo a quemado.

—¡Mierda, la pizza!

Bueno, lo fue en su vida anterior, porque ahora es mi cena absolutamente carbonizada. Me quemó de nuevo la mano al cogerla, y la tiro al fregadero mientras maldigo en arameo. La casa se llena de humo y de olor a barbacoa chamuscada. Abro la puerta de la terraza para intentar ventilar la estancia con rapidez antes de que doña Concha, la radio-patio del edificio, llame a los bomberos creyendo que como estoy depre me he vuelto pirómana o algo parecido. No puedo creer el rumbo que está tomando la noche y no puedo dejar de sonreír al percatarme de que, al menos, ya he dejado de llorar. Mientras intento hacer desaparecer el humo por la ventana con la ayuda de un cojín, vuelve a sonar el móvil. Lo más probable es que vuelva a ser Marisa, pero esta vez me apetece responderle y que me contagie su buen humor con sus wasaps.

Marisa:

Bruji ¿aún estás viva?

Elva:

Casi. Me acabo de quedar sin cena, por poco quemó el edificio.

Marisa:

Y, ¿qué estabas haciendo?

Elva:

Leyendo el libro de Nerea.

Marisa:

¿Interesante?

Elva:

No está mal.

Marisa:

Bueno, mejor eso que pensar en el gilipollas de tu ex. ¿Has pedido ya tu deseo?

Elva:

No voy a pedir ningún deseo.

☞ El paraíso de Elva

Marisa:

Tú misma. El de hoy dicen que se cumple, de verdad de la buena.

Elva:

Sí, claro. ¿La noche bien?

Marisa:

Sí, y tiene pinta de que va a acabar mucho mejor.

Elva:

¿Ojos verdes?

Marisa:

Marrones, pero con un culo de infarto.

Elva:

¡Estás como una campana!

Marisa:

Te dejo que viene culo prieto. Besos.

Elva:

Besitos.

Marisa me da envidia, pero de la sana. Ojalá tuviera yo la capacidad de pasar de todo y disfrutar de esta noche como ella. Como veo que va a estar muy ocupada el resto de la velada, le quito el volumen al móvil y lo dejo sobre el sofá. El humo casi ha desaparecido, pero aún huele a fritanga, así que dejo las puertas de mi pequeña terraza abiertas y salgo a disfrutar del aire fresco de la noche. No sé en qué momento he cogido el libro, pero ahora lo llevo en la mano. Me siento en la silla de madera que tengo en mi pequeño pero estupendo paraíso y retomo la lectura mientras la brisa nocturna y el suave olor a lavanda de las macetas que me rodean acarician mi piel.

Connor lo tiene bastante complicado, la verdad. La otra opción que le queda, si quiere evitar el enfrentamiento con el enemigo y la penuria de los suyos, es casarse con una tal Ilona, la hija de su rival del clan Lennox. Ilona resulta ser una cría bastante estúpida y un poco ligerita de cascos. Aunque no hace ascos al

trofeo que para ella representa Connor, me da a mí que está muy poco interesada en la fidelidad. Además, no me gusta nada la extraña alianza que misteriosamente han fraguado ella y Angus. Por otra parte, el consejero no hace más que insistirle con que un acuerdo con los Campbell y los ingleses acabaría con todos los problemas. Connor no se decanta por ninguna opción de momento. No debe ser fácil tomar una decisión que puede cambiar el futuro de tanta gente. Se recluye en solitario, pensativo, y se torna muy esquivo. Supongo que valora la opción menos mala.

Casi me da lástima el escocés. Tan grande, guapo y valiente como lo imagino y, a la vez, tan desdichado. Cierro el libro y lo abrazo contra mi pecho, fantaseando sobre un imposible.

—Lo que daría yo por encontrarme un hombre así y sentirme protegida. Se le iban a quitar todas las tristezas de golpe. Y a mí también, para qué negarlo. —Contemplo con resignación al hombre que aparece en la portada—. Míranos, tú vas a casarte con alguien a quién no quieres, y el que quiero yo se casa con otra. Es gracioso y triste a la vez, ¿no crees? —Suspiro y me animo yo sola—. Algún día llegará el hombre de tus sueños, ya verás Elva. Algún día.

¿Lo he dicho en voz alta? ¡Ay madre! ¡Necesito beber algo! Me hago otro Malibu con piña y abro una lata de aceitunas rellenas de anchoa —que me pirran—, y sigo leyendo al fresquito, expectante por lo que sucede en la historia. Como siga así me la ventilo de un tirón, y me da pena, porque no quiero que termine nunca. Sospecho que no va a acabar tan bien como deseo, pero tengo la esperanza de estar equivocada. ¿Las novelas románticas no acaban siempre bien? Viene a mi mente *Romeo y Julieta*, y el corazón se me encoge. ¡No seas pesimista Elva!

Connor negocia con el clan rival aconsejado por Kieran, su jefe de armas y mejor amigo y, aunque la detesta porque es una arpía de mucho cuidado, creo que va a aceptar casarse con Ilona Lennox. Su moral y su historia le impiden pactar con los ingleses, por encima de todo está su honor, y tras perder tantas cosas en su vida no quiere que le arrebaten el único orgullo que le queda, el

ser escocés. Angus, en un último intento de convencerle de que su propuesta es la mejor opción, le convoca a un encuentro para negociar con los Campbell. Pero algo no me huele bien, desconfío del consejero, y mucho. Tengo un pálpito. En cuanto mi hombretón de ojos verdes se descuide, se la van a meter doblada. Intuyo intereses ocultos que pueden perjudicar a Connor, y me dan ganas de gritarle que no vaya, porque me temo que se trata de una trampa.

—¡No vayas! ¡No te fíes, Connor! Angus no me da buena espina. ¿No te parece raro que ahora esté tan interesado en el pacto con los ingleses, cuando antes era su más ferviente opositor? —¿Qué diablos estoy haciendo?

Pero Connor no me oye, ni siente el peligro. Se dirige directo y confiado a lo que yo creo que es una emboscada, y de la que sospecho, no va a salir muy bien parado.

La ansiedad no me abandona. Me retuerzo incómoda en la silla, como si de repente tuviera alfileres. Un mal presentimiento se apodera de mi alma a cada segundo que el *highlander* se acerca al lugar, que está absolutamente desierto. Alguien aparece entre las sombras y por sorpresa. El filo de una daga que no ha podido esquivar y un golpe en la cabeza dejan al guerrero escocés herido e inconsciente en el suelo. Mi cuerpo se congela por un momento, y mi ira se materializa cuando consigo volver a respirar.

—¡No! ¡No, joder! ¡Lo sabía! ¡Te lo dije, no debías confiar en él! —Alucino conmigo misma, pero estoy indignada—. ¿Por qué no me has hecho caso? ¡Ahora no te puedes morir! ¿Cómo no lo has visto venir? ¿Por qué no me has escuchado? —Y se lo digo dolida al hombre que aparece en la portada de un libro. De locos.

No me he dado cuenta, pero en el balcón de al lado está Álvaro, el de mantenimiento, apoyado en la barandilla con un destornillador en la mano y flipado por completo con la escena que estoy montando.

—Eh... Hola. —Me incorporo de un salto muerta de la vergüenza y me tiro por encima medio Malibú.

—¿Estás bien? —me pregunta con cara de póker.

—Sí, sí... Es sólo que estoy leyendo y me he emocionado un poco. —Tierra trágame.

—Ah, el libro que le he prestado a Marisa, ya veo —me contesta con una media sonrisa traviesa pintada en la cara.

—Perdona, pero es que hoy no estoy teniendo un buen día —le respondo mientras intento parecer lo más presentable posible.

Él me sonrío, suspira profundamente y pierde su mirada en el horizonte. Le observo y veo que no lleva puesto su uniforme habitual de trabajo. Va vestido con ropa informal y, por primera vez, dejo de ver a Álvaro como el chico de mantenimiento. ¡Lo que cambia un uniforme!

—¿No sales a celebrarlo como toda la ciudad? —me pregunta tras un silencio algo incómodo.

Se me está pegando la camiseta al cuerpo y estoy algo pringosa.

—¿La lluvia de estrellas? ¿Y quién te dice que no lo estoy celebrando? —contesto a la defensiva inflándome como un pavo.

Levanta las cejas y me mira condescendiente.

—¿En serio?

Me desinflo como un suflé cuando comprendo que no engaño ni al manitas del edificio.

—Vale, me pillaste. No tengo ánimos para celebrar nada. Soy la vecina depre y que llora por los rincones, ya sabes —le recuerdo algo irónica.

—No deberías castigarte. Esta es una noche mágica. Hoy es la noche en la que se cumplen los deseos —me dice sin retirar la mirada del libro que sostengo en mis manos como un tesoro. Carraspea y sonrío—. Al menos, eso es lo que todo el mundo dice.

—Bobadas, eso es lo que son —afirmo poniendo los ojos en blanco—. Y tú, ¿has pedido ya el dichoso deseo?

Se inclina acercándose un poco más hacia mi dirección y bajando la voz, me susurra divertido y en confidencia.

—¿Te puedo contar un secreto? Soy muy supersticioso y, aunque negaré públicamente haber dicho esto, sí, lo estaba haciendo cuando te escuché... gritar. No quiero ser el único ser al que no se le concede un deseo esta noche. —Los dos nos reímos a la vez y me siento más relajada. Creo que este chico va a caerme bien.

—Puedes estar tranquilo. No se lo diré a nadie, si tú olvidas mi escenita de tragedia griega.

—Soy una tumba. —Y haciendo el gesto de la cremallera en la boca, se retira señalando el destornillador—. Bueno, me marchó. Sólo vine a arreglar la persiana antes de irme a trabajar al Hysteria. El lunes llegan nuevos inquilinos y quería dejarlo listo.

—Bien. Yo debería ir a cambiarme... —le respondo señalando el lamparón que me ha dejado el Malibu en el pijama, y levantando la mano en la que llevo el libro me despido—. Buenas noches.

Asiente con la cabeza y lo veo desaparecer. Cuando estoy a punto de girarme para entrar en casa, oigo de nuevo su voz que me sobresalta.

—Por cierto, Elva, hoy puede ser esa noche en la que dejes de ser la vecina depre que llora por los rincones. Tan sólo tienes que desearlo. Recuerda, es una noche mágica.

Me lanza una última sonrisa mientras me guiña un ojo, y vuelvo a quedarme sola un poco confusa por esta última frase. ¿Es que todo el mundo se está volviendo loco hoy? Pero lo admito, en otro momento más feliz de mi vida hubiese sido la primera en hacer todo tipo de rituales en una noche como esta. ¿Qué te ha pasado, Elva?

Reflexiono sobre por qué hoy voy a contracorriente de todo el mundo, encerrándome en casa y negándome la posibilidad de divertirme y pasármelo bien. En este plan nunca superaré lo de Carlos. Pero me conozco, soy muy cabezota, y si digo que esta noche no pediré un deseo como todos los habitantes del planeta, no lo haré. Me apoyo en la barandilla y miro al cielo inusualmente estrellado. Suspiro mirando hacia arriba, cuando veo caer una estrella fugaz, dejando a su paso una estela brillante y mágica que desaparece en pocos segundos. ¿Y si de verdad se cumple? Pienso divertida. Quizás Álvaro tiene razón y tan sólo tengo que desear algo... Bah, imposible. Suspiro profundamente y levanto la mirada.

—Está bien, está bien. Ya sé que esto es una chorrada y que, por supuesto, si pido un deseo no se va a cumplir. Joder, ¡que sólo es una lluvia de estrellas! Pero vale, lo haré. —Mientras hago un repaso a mi alrededor, para asegurarme de que no hay testigos indiscretos, suspiro de nuevo y me lanzo—. Yo no te lo voy a

poner fácil. No quiero un cochazo, ni que me toque la primitiva, ni un Grey que me solucione la vida, como seguro que te está pidiendo media humanidad. —Me entristezco por momentos, pero cojo aire y hablo decidida—. Sólo quiero dejar de estar triste. Quiero poder superar esto y pasar página. Volver a sonreír, olvidar, dormir en una cama sin tener pesadillas, no sentir dolor y poder quererme y que me quieran... Sólo eso. Si lo consigues de verdad que no volveré a dudar de estas cosas en la vida. —Dudo durante un segundo mientras observo la ilustración del *highlander* y prosigo—: Bueno y ya puestos, que Connor no muera, que encuentre una mujer que le quiera de verdad y le salve de los traidores que tiene por amigos, que evite la guerra y que sea feliz —sentencio orgullosa—. Dios, ¡lo que daría por conocer a un hombre así! No quiero morir sin conocer a un hombre como este. ¿No puedes traerme a Connor o algún sucedáneo? Esto último no me lo tomes en cuenta, llevo ya unos cuantos Malibús encima, nunca mejor dicho.

No puedo evitar reír asombrada. ¿En serio he dicho todo eso? Estoy verdaderamente mal, y creo que debería empezar a preocuparme. No he advertido que el CD de One Republic ha terminado y ahora suena Coldplay. ¡Cómo me gusta este grupo! Cojo lo que queda del Malibú, el libro y entro en casa bailando y cantando a todo trapo *A sky full of stars*. ¡Me encanta esta canción y no podría ser más adecuada! Estoy emocionada y me voy creciendo hasta límites insospechados, en los cuales me creo Beyoncé y me contoneo como si fuera una experta bailarina contra la barra de la cocina. De un salto me subo al sofá y con el mando por micrófono sigo imitando a Chris Martin con los ojos cerrados. ¡Lo estoy viviendo!

Lo que no espero al abrirlos es encontrar el filo de una espada enorme apuntando a mi barbilla. Como tampoco encontrar al pedazo de hombre que la sujeta.

Sé que no he dejado de respirar por los jadeos que emite mi garganta tras el espectáculo que acabo de dar. Tengo los ojos como platos y el corazón a punto de reventarme en las sienas. Decido quedarme absolutamente inmóvil. ¡Cualquiera es la guapa que se mueve!

El desconocido y yo nos escrutamos con la mirada en silencio. Veo una fina línea que se dibuja en su boca, debido a la presión que está haciendo con la mandíbula y no me atrevo a decir nada. Lo único que se me ocurre es desconectar el equipo de música, aprovechando que tengo el mando en la mano.

—¡No se mueva! —me gruñe una voz masculina mientras me amenaza con el arma.

—Y tú, ¿quién coño eres? ¿Qué estás haciendo en mi casa? Cómo... ¿Cómo has entrado aquí?! —me embalo, los nervios me acaban de traicionar.

—¿Qué modo tan irrespetuoso de hablar es este? ¿Cómo se atreve a dirigirse a mí con tal falta de respeto? ¿Acaso no le han enseñado modales, mujer? —ruge como si mis palabras le hubiesen ofendido por completo.

Aunque mis piernas ahora mismo tienen la consistencia de la gelatina, no puedo evitar que mi verborrea escape por mi boca como un torrente. ¡Elva que no tienes filtro!

—¿Qué? ¿Me pides modales cuando has asaltado mi casa y me estás apuntando con una... con una espada? ¿Quién merece un respeto aquí? —le amonesto consumida por el nerviosismo.

—Vaya, la muchachita tiene agallas o bien desea recibir una buena azotaina —anuncia cínico mientras me apunta aún con la espada a dos centímetros de mi nariz—. Tal vez así aprenda a dirigirse como corresponde a un hombre de mi rango y posición. —Veo sus ojos brillar e imagino la escena.

¿Azotaina? ¿Disculpa? Aunque reconozco que como actor este tipo es bastante creíble, va listo si piensa que esa táctica funciona conmigo.

—Si te parece me asaltas y te hago la ola, «excelencia» —recalco con mofa e inclinando mi cuerpo hacia adelante con un pequeño gesto—. ¡Es que hay que joderse! ¿Qué ocurre esta noche? ¿Es que una no puede ni deprimirse a gusto? —lloriqueo desesperada.

—¿Excelencia? —noto como se aguanta la risa ante mi sermón, porque le tiembla hasta la barbilla, pero se recompone y vuelve a mirarme con hosquedad—. No está mal para empezar. Al fin comienza a comprender, muchacha. —Su mirada ahora es indescifrable. Creo que está tan perplejo como yo—. Por su comportamiento sospecho que debe ser la hija del bufón real o la hija tonta de algún campesino. ¿Quizás eres corta de entendederas, mujer? —¿lo dice en serio? Porque serio lo está diciendo. ¿Bufón real, corta? ¿Yo?

Harta de la conversación surrealista que estoy manteniendo con un señor, que ha aparecido de la nada, armado y con... ¿falda?, me insulta y lo peor, me toca a la familia. Porque, oye, a mí dime lo que quieras, pero a mi familia ni nombrarla. Me muerdo la lengua porque me conozco, pero mi vena «a lo Patiño» se hincha por momentos y creo que va a estallar en tres, dos, uno. Para mí, el alcohol en situaciones de estrés es como un acelerante en un incendio. El poco filtro que tenía se diluye por completo y me vuelvo una auténtica bocazas, lo reconozco. Si ya lo dice mi madre, si para todo tuviera el mismo genio, otro gallo cantaría.

—Mira, esta broma ya ha llegado demasiado lejos y no voy a permitir que me insultes ni que me tomes más el pelo. Así que coge tu espadita, tu falda de cuadros del año de la polca y tus modales de pacotilla y te vas por esa puerta, ¡ahora mismo! —Bueno, dentro de lo malo me he contenido bastante.

Me mira sorprendido y descolocado, quizás por mi discurso o quizás porque no capta el mensaje. El hecho es que puedo ver como su indignación corre galopante por las venas de esos musculosos brazos que tiene y me temo que no tengo escapatoria.

—¿Por qué habla tan rápido, muchacha? ¡Apenas puedo entender lo que dice! ¿Qué es este lugar? Y, ¿quién es usted? —me apremia con una voz ronca que me parece del todo seductora. Recapacito, y veo al extraño que hay frente a mí y el temor me puede.

—¿Qué quién soy yo? ¿Otra vez? —casi grito impaciente—. ¡Estás en mi casa y deberías marcharte antes de que grite tan alto que se entere todo el vecindario!

—Esta es... ¿su casa?... Una mazmorra lustrosa tal vez, pero llamar a este agujero casa... —efectúa un reconocimiento al salón con desprecio y vuelve a centrarse en mí con cara de pocos amigos en cuanto nota que quiero huir hacia la terraza a gritar como una posesa—. ¡Ni lo intentes, mujer!

—En serio, ¿me estás amenazando con una espada? Venga ya. —Aunque el disfraz está muy logrado, ya estoy cansada del numerito y lo de apuntarme con un arma me parece demasiado, así que intento apartar la hoja con un dedo, y el dolor que siento al pincharme con el filo me devuelve de una bofetada a la realidad—. ¡Joder! ¡Es de verdad! ¡Mierda! ¡No me hagas daño, por favor! —le suplico, mientras me lamo la herida e intento apartarme de él.

Él se sorprende, y hasta creo reconocer un puntillo de diversión en sus hermosos y enormes ojos verdes.

—La fiera se ha amansado, bien —apunta con una sonrisa de medio lado—. Tranquila, aunque esté medio desnuda no voy a lastimarla. Tan sólo dígame cómo me ha embrujado para traerme aquí.

No me corre la sangre por las venas, en serio.

—Estás de broma, ¿no? Mira, si esto es cosa de Marisa, no tiene ninguna gracia. Sabe de sobra que no me van estas cosas de los boys. No estoy tan desesperada. —Como haya sido ella, juro que la mato.

—No sé de qué me está hablando, mujer... ¿Dónde se encuentran los hombres de esta casa? Necesito saber quién y cómo me ha traído hasta aquí —inquieta sin quitarme ojo de encima.

Pero ¿de qué va este tío? Me olvido de que el arma no es ficticia, me envalentono y me enfrento a él con lo primero que se me ocurre. Presiento que la voy a fastidiar, pero el impulso es superior a mí.

—Pues ya somos dos. Primero, aparta esta cosa de mi cara, ¡ya! Jamie Fraser de medio pelo —le ordeno perdiendo la paciencia—. Si has venido a robar, como verás aquí no hay nada de valor, y si quieres violarme, te informo de que tengo una enfermedad venérea incurable que hará que en unas horas mueras de una forma muy lenta y dolorosa. Además, mis cuatro hermanos

están a punto de llegar a casa, así que te recomendaría que te marcharas, ¡ahora mismo!

¡Qué bien me acabo de quedar! ¡Ole tú, Elva!

—Eres tú... —farfulla frunciendo el ceño y apretando la mandíbula sin dar crédito. Intento hablar pero me interrumpe—. ¡Deja ya de hablar como una cotorra! ¡No puedes callarte ni un solo momento? —Baja la espada y mientras la envaina en su cinturón, murmura casi sin que yo pueda escucharle con claridad—. Esto no es posible. —Se acerca a mí mesándose el pelo, y me zarandea por los brazos, exigente, pero sin ser brusco—. ¿Qué tipo de brujería es esta? ¿Qué demonios me has hecho?

—¿Perdona? —le recrimino entretanto trato de zafarme de sus manos y bajándome del sofá—. Creo que me estoy perdiendo algo. ¡Eres tú el que te has colado en mi casa, por Dios! ¡Me has dado un susto de muerte! —Le observo pasmada de arriba abajo—. Y ¿de qué vas disfrazado? ¿Y por qué de repente me tuteas?

Le noto tenso y contrariado, ¿qué está pasando aquí?

—¿No has tenido suficiente con meterte en mi cabeza noche y día? ¿Acaso también necesitabas secuestrarme de no sé qué forma para traerme hasta este lugar?

Ahora la que no da crédito soy yo. Este tipo está como un cencerro.

—Mira, no sé de qué vas pero me estás asustando. Si te has obsesionado conmigo de alguna forma estás muy equivocado, te aseguro que ¡no valgo la pena! Yo estaba aquí tan feliz ahogando mis penas cuando has llegado y, créeme, no tengo ni idea de cómo lo has hecho. La puerta está cerrada por dentro y joder, ¡vivo en un sexto piso!... ¡Esto es de locos!

—Sólo quiero que me expliques por qué hace un momento estaba en mis tierras acudiendo a una reunión y ahora mismo estoy aquí —insiste cruzándose de brazos frente a mí.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Yo... Espera, ¿qué has dicho? —Es entonces cuando le observo con detenimiento y descubro que ese hombre que está plantado ante mí cual roble no me es del todo desconocido. De hecho, creo que le reconozco, y empiezo a trastornarme por el descubrimiento que mi mente se niega a aceptar. Mi mandíbula acaba por desencajarse del todo, cuando me percató de que, de modo inexplicable, llevo un rato

hablando en inglés con ese hombre—. Oh, oh... ¡Esto no puede ser! ¡Esto es una locura! Madre mía, ¡estoy peor de lo que pensaba! Tengo que buscar ayuda de un profesional con urgencia. —Me echo las manos a la cabeza y comienzo a moverme nerviosa—. Se acabó el Malibu, se acabaron las pelis de azúcar en vena. ¡Me he vuelto loca! —Me abrazo como si eso me diera consuelo y le miro de arriba abajo, ojiplática.

—¿Y ahora por qué me miras así, muchacha? ¿Qué es lo que te ocurre? —reclama entre curioso y cabreado.

Intento pensar con claridad, pero me cuesta mucho. No es posible que la persona que tengo frente a mí, ese hombre al que ahora miro entre maravillada y asustada, sea quien creo que es.

—¿Cómo te llamas? —atino a preguntar casi en un murmullo.

—¡Deja de hacer preguntas estúpidas y contesta a las mías! —creo que se le está acabando la paciencia. Me reta con su mirada intransigente y me atraviesa el alma.

—Está bien, está bien —suspiro y me doy por vencida—. Ay madre... Mira, no sé cómo decirte esto, pero creo que ya sé cómo has llegado hasta aquí. Te va a parecer una locura pero, ¡es que lo es! Sólo necesito saber quién eres. —Debo de tener una expresión temerosa, porque la suya cambia y se torna indulgente.

—Está bien, te diré mi nombre si prometes contarme la verdad. —Coge aire y muy solemne comienza a contarme algo que yo ya sé—. Mi nombre es Connor Murray, *Laird de...*

—*Laird de Stonefield* —prosigo tímidamente pero con decisión—, en Escocia. No tienes familia y vas a casarte con la hija del Clan Lennox, a menos que pactes una alianza con los Campbell que son pro-ingleses. Necesitas una tregua y salvar a tu pueblo de una guerra que no quieres. Tu mentor es Angus, al que quieres como un padre y en el que confías ciegamente y Kieran es tu mejor a...

—¡Basta! —me grita amenazador—. ¿Cómo sabes todo eso? ¿Acaso eres una espía inglesa?; Responde, muchacha!

—Lo he leído —susurro asustada.

Comprendo que me mire con esa expresión de incredulidad. Supongo que es muy parecida a la mía.

—¿Lo has leído? ¿Dónde? —me exige mientras se acerca a mí, asombrado.

—En un libro —respondo dando un paso atrás por precaución.

—Pero ¿cómo es posible? ¿De qué condenado libro se trata?

Me pellizco esperando que todo esto sea una pesadilla y de repente, me haga despertar. Pero creo que voy a tener que contentarme con explicarle a este atractivo morenazo cómo me las he ingeniado para traerle aquí.

—Vale, vale... —le contesto instándole a que se calme—. A ver, esto va a sonarte un poco raro, pero créeme que yo también estoy alucinando en este momento. —Intento poner en orden mis ideas—. Hice algo, y creo que Marisa tenía razón.

—No comprendo nada de lo que me dices, mujer. ¿Quién es Marisa? —pregunta contrariado.

Al mesarse el pelo, nervioso, veo que un pequeño hilillo de sangre cae por su frente.

—Por Dios... ¿Eso es sangre?

—Ah, esto... No es nada —contesta tocándose la cabeza. Cuando me enseña la mano está totalmente manchada de sangre.

—La madre de Dios, ¡estás sangrando! ¡Estás herido! —exclamo preocupada.

—Créeme, no es más que un rasguño —por su mirada de sorpresa, presiento que ni él mismo se lo cree. ¿O es por mi interés por lo que está sorprendido?

—¿Estás loco? Necesitas atención médica. Voy a llamar a una ambulancia o a la policía, y da igual en qué orden.

Pienso por un instante en llamar a Nerea, pero ¿qué persona en su sano juicio creería algo como esto?

—¿Es que nunca has visto un corte de espada, mujer? —¿En serio me ha preguntado eso?

—Te estás quedando conmigo, ¿no? —al ver que su expresión no cambia, me lanzo—. ¿Puedo verte la herida? —Es tan alto que tengo que subirme al sofá para verla bien.

Madre mía, ¡qué olor a hombre! ¡Concéntrate, Elva, concéntrate!

—No te muevas. —Gruñe de dolor y comienzo a sentir como mi salón por alguna razón está dando vueltas. La herida no es muy profunda, pero sí lo suficiente como para dar algún punto de sutura, lo justo para que me haya dado mucha impresión—.

Necesitas puntos, yo sólo puedo limpiarte el corte... Creo que me estoy mareando.

Y cómo si lo hubiese planeado, hago una caída de esas melodramáticas que he visto en tantas películas. Afortunadamente, esos brazos fuertes me recogen, aunque la cara de su dueño no es que sea la amabilidad en persona. Me zafo de sus brazos y me recompongo frente a él mirándole avergonzada. Por su mirada, deduzco que ha confundido mi vergüenza con un acto de desprecio.

—¿No te han enseñado modales? —¿Está dolido?

—Por lo que veo, a ti sí a colarte en las casas ajenas, y sí, tengo la suerte de haber recibido una buena educación, gracias —le espeto cortante cuando vuelvo en mí completamente.

—¿Dónde me has traído? —me pregunta mirando la estancia con cara de póquer.

—Estás en mi casa, en Barcelona. —Y esto último se le explico con cuidado por temor a su reacción.

—¿Barcelona? —pregunta incrédulo para luego, en un instante, estallar de ira—. ¡Por todos los dioses! ¿Quién me ha traído a esta guerra?

—¿Guerra?! —¡Ay, madre, la que estoy liando!

—Ese traidor de Berwick y su ejército salieron hace un mes de Francia para invadir Barcelona. ¿Cómo es posible que me hayas secuestrado para participar en esta refriega cuando tengo que resolver mis propios problemas? Yo no puedo ayudarte, ¿me oyes?

—¿Berwick? —¿Por qué me suena tanto ese nombre? Vamos Elva, piensa, piensa.

Entre tanto sobresalto, tengo un instante de lucidez y me quedo helada. Recuerdo por qué ese nombre no me es desconocido.

En la época del *highlander*, concretamente en el verano de 1714, el duque de Berwick con un ejército venido de Francia, país aliado de Felipe V, se unió al asedio de Barcelona, que ya duraba más de un año, mientras la ciudad era defendida por la coronela y partidarios del archiduque Carlos de Austria. Desgraciadamente, el 11 de septiembre de aquel mismo año, Barcelona se rendía. Una fecha difícil de olvidar cuando vives en Cataluña y cada

año se celebra en la comunidad ese día en honor a los caídos en aquella batalla: la Diada.

—¡No! ¡No estamos en ninguna guerra! Eso pasó hace mucho tiempo —reacciono de inmediato, como si aquello fuese a mejorar la explicación que voy a darle a continuación—. Estamos en el año 2014.

El *highlander* me mira asombrado, mientras la furia se desvanece poco a poco de su mirada.

—Está bien muchacha, ¿y cómo es eso posible? —se carcajea mientras mueve la cabeza, lo que me indica que le cuente lo que le cuente, no se lo va a creer.

Suspiro resignada, como una niña que va a confesar una travesura y teme ser castigada.

—Pedí un deseo.

—¿Pediste un deseo? —Ahora la carcajada es mayúscula—. ¿Y por qué demonios ibas a desear traerme aquí? ¿Por qué a mí?

Doy gracias a Dios porque no diera al ser humano el don de la lectura de mentes, ya que si no, este hombretón imposible que me traspasa el alma con su mirada descubriría lo que me ha hecho sentir mientras leía y lo que me hace sentir al tenerle cerca.

—Bueno, es más complicado de lo que parece, ni yo misma puedo entenderlo, pero no le encuentro otra explicación.

—¿Cuál es tu nombre, muchacha? Porque tendrás nombre ¿no? —me pregunta condescendiente.

—Elva.

—Un nombre muy bonito. —Intuyo que lo ha dicho sin darse cuenta de que lo hacía en voz alta, porque enseguida me estudia desconcertado—. Bien, Elva, vas a contarme paso a paso todo lo que recuerdes que has hecho, y creas que ha sido el motivo por el cual ahora estoy aquí y no en un bosque de Escocia en 1714.

—Está bien, pero luego no digas que no te he advertido de que es una locura. —Suspiro algo turbada y le invito a acompañarme—. Ven, te curaré esa herida en el baño mientras te lo explico, ¿vale?

Tras examinarme con algo de desconfianza, sospecho que al final comprende que no soy peligrosa y accede. Mientras nos dirigimos al lavabo, veo el móvil tirado en el sofá con la pantalla

encendida y parpadeando. Probablemente, es Marisa de nuevo. ¿Debería cogerlo? ¿Debería explicarle lo que me está ocurriendo? Me detengo, decidida a tomar una decisión. Observo furtivamente a ese hombre, a ese cuerpo increíble que hay junto a mí, y miro el teléfono. Mi curiosidad y el morbo que me provoca este pedazo de hombre me pueden, e ignoro el aparato.

—Siéntate por favor. Te aviso de que no soy muy buena enfermera, pero al menos evitaremos que se infecte. —Se sienta en el borde de la bañera, y mientras cojo el botiquín y me preparo para limpiarle y ponerle unos puntos de sutura de papel, que por suerte tengo en la caja, le narro todo lo ocurrido.

Hasta yo misma me sorprendo de la historia que estoy contando, de lo imposible que es. Se la explico tranquila, esperando que en algún momento me diga que me entiende y que eso me haga no perder del todo la esperanza de que lo que estoy viviendo es real. Nos hacemos varias preguntas, cuyas respuestas son complicadas de explicar. Entiendo que para un hombre de su tiempo es difícil comprender lo que le cuento. ¡Qué leches! ¡Y para una mujer del mío!

Termino de hacerle las curas y me siento junto a él en la bañera. Siento que si no lo hago, mis piernas me traicionarán y volveré a desmayarme en sus brazos. Creo que con hacer una vez el ridículo ya he tenido suficiente. Ahora es él quien me habla, me cuenta lo último que recuerda antes de aparecer en mi casa. La verdad es que apenas le hago caso, su voz se va solapando con el sonido retumbante de mis latidos, mientras admiro sus ojos verdes como el jade, su boca de labios carnosos y sensuales, ese lunar que tiene bajo el ojo izquierdo, el otro en la mejilla derecha, su nariz pequeña y recta, su pelo negro y brillante... Elva, ¿qué estás haciendo?